

IV Domingo de Cuaresma

Gn 5, 9ª-10-12; Sal 33; 2Co 5, 17-21; Lc 15, 1-3.11-32

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: "Este acoge a los pecadores y come con ellos." Entonces les dijo esta parábola. Dijo: "Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. "Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros." Y, levantándose, partió hacia su padre. "Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta. "Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano." El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" "Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado."

REFLEXIÓN SEMANAL

IV Domingo de Cuaresma

Gn 5, 9ª-10-12; Sal 33; 2Co 5, 17-21; Lc 15, 1-3.11-32

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: "Este acoge a los pecadores y come con ellos." Entonces les dijo esta parábola. Dijo: "Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. "Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros." Y, levantándose, partió hacia su padre. "Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta. "Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano." El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" "Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado."

En este cuarto domingo de cuaresma, la liturgia nos presenta la parábola del hijo pródigo una página hermosa que nos pone de manifiesto el amor misericordioso de Dios-Padre de Misericordia. Por eso no por casualidad este pasaje del hijo pródigo, viene luego de la parábola de la semana pasada, que nos presentaba al viñador pidiendo más tiempo, para que la higuera estéril dé fruto, porque de esta manera la misma liturgia nos va encaminando para ponernos frente a una revelación esencial

para vivir con esperanza y expectativa la Pascua, la revelación del amor misericordioso de Dios.

La parábola del hijo pródigo nos ayuda a entender quién es Dios, en palabras del Papa Benedicto XVI: «...Él es el Padre misericordioso que en Jesús nos ha amado más allá de cualquier medida, los pecados que cometemos, aunque sean grandes, no hacen mella en la fidelidad de su amor. Igualmente la parábola nos ayuda a entender quién es el hombre: alguien que ha sido creado con los demás, no en aislamiento y que sólo viviendo para los demás, dándose, halla la vida. En el hombre Dios ha impreso su imagen y le atrae al horizonte de su gracia, pero el hombre es una criatura frágil, que está expuesta al mal, pero que también es capaz del bien...» (Benedicto XVI, Homilía en la Institución Penitenciaria para Menores de Casal di Marmo-Roma, 18 marzo de 2007).

La cuaresma nos revela, que tenemos un Padre que viene a nuestro encuentro cada día, que nos espera con una fidelidad y paciencia absolutas, que confía en que nuestro corazón endurecido, tal como el del hijo pródigo, se ablandará, y que al igual que a este hijo una voz interior nos invitará a decidir volver al Padre: «... me pondré en camino...»; porque Dios-Padre, quiere rescatar a cada uno de sus hijos: a los que le dejaron y abandonaron (los hijos menores); y a los que, quedándose en casa, le sirven y le tratan con espíritu de criados y jornaleros interesados en el salario y no con verdadero espíritu de hijos (los hijos mayores).

Precisamente tomando en cuenta la actitud del hijo mayor, la que muchas veces no notamos o no consideramos dentro del significado de esta parábola, el Papa Benedicto XVI nos dice: «...el otro hijo, el que permaneció en casa, por su reacción de envidia vemos que interiormente también soñaba que quizá sería mucho mejor disfrutar de todas las libertades. También él en su interior debe "volver a casa" y comprender de nuevo qué significa la vida; comprender que sólo se vive verdaderamente con Dios, con su palabra, en la comunión de su familia; en la comunión de la gran familia de Dios. No quisiera entrar ahora en muchos detalles: dejemos que cada uno se aplique a su modo este evangelio. Nuestras situaciones son diversas, y cada uno tiene su mundo. Esto no quita que todos seamos interpelados y que todos podamos entrar, a través de nuestro camino interior, en la profundidad del Evangelio...» (Benedicto XVI, Homilía en la Institución Penitenciaria para Menores de Casal di Marmo-Roma, 18 marzo de 2007).

Dios nos ha creado libres y con dignidad de hijos, esta libertad es la que nos invita a poder recomenzar de nuevo la vida apoyados en el amor infinito del Padre y en su bondad divina porque Dios siempre nos acoge y nos devuelve la dignidad de hijos suyos, dignidad que perdemos cada vez que nos vamos «al país lejano», lugar en el que estamos cuando de manera irreflexiva reclamamos vivir según nuestros planes y proyectos, rebelándonos y rechazando la voluntad del Padre para nuestra vida. El

hijo menor abandona el hogar, rompe la unidad familiar, se desliga para marcharse solo. Ante esta actitud se contrapone la del padre, quien prefiere perder parte de sus bienes antes que obligar al hijo. Respeta su libertad y espera. El hijo quiere hacer su vida, probar otros campos. Y el padre confía en él, y lo deja partir, con la esperanza que llegará a ser suficientemente adulto para comprender un día el amor de su padre. Esta parte de la parábola sin duda nos está queriendo mostrar que Dios confía en nosotros más de lo que nosotros confiamos en Él, que es un Padre que ama de verdad y por ello es respetuoso de la libertad y de la autonomía de sus hijos.

Las lecturas de esta semana nos invitan, a la escucha de la palabra y a vivir en la esperanza de saber que Dios cumple sus promesas. La actitud interior del hijo es importante de destacar, porque cuando comienza a recapacitar y se pregunta si ese era realmente el camino de la vida reflexiona y comienza a ver que era mucho más libre en su casa, entonces comienza el nuevo camino, un camino interior. En este camino interior el hijo más joven se dispone a volver para recomenzar su vida, porque ya ha comprendido que había emprendido el camino equivocado. Y llega a la casa del padre, que le dejó su libertad para darle la posibilidad de comprender interiormente lo que significa vivir, y lo que significa no vivir. El padre, con todo su amor, lo abraza, le ofrece una fiesta, y la vida puede comenzar de nuevo partiendo de esta fiesta. El hijo comprende que precisamente vivir en comunión con el padre y la humildad de cada día crean la verdadera fiesta y la verdadera libertad. Así, vuelve a casa interiormente madurado. El hijo pródigo a partir del regreso vive en la verdadera fiesta porque no solo ha sido perdonado, sino que se le ha revelado el Padre, al que antes de dejar, no había conocido aún.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar